

HAMILTON, Charles D., "The Hellenistic world", y Nathan ROSENSTEIN, "Republican Rome", en Kurt Raaflaub y Nathan Rosenstein (eds.), *War and society in the ancient and Medieval worlds. Asia, the Mediterranean, Europe and Mesoamerica*, Washington, Center for Hellenic Studies, 1999, pp. 163-191 y 193-216, respectivamente.

1. Más allá del predominio, primero griego, y luego romano, la historia de la antigüedad clásica puede dividirse en dos grandes periodos. El primero fue el de la polis, surgida en Grecia en la época oscura, en Fenicia, contemporáneamente y en la época arcaica en Italia, Sicilia y África. Este periodo duró hasta la formación de los estados territoriales, el primero de los cuales fue Macedonia, que derrotó a las polis griegas en 338.¹ A partir de entonces, dominaron los estados territoriales macedonios y romanos hasta la erección de reinos bárbaros en Occidente (a partir de 410 d.C.) y el paulatino surgimiento del Imperio Bizantino en el Oriente (entre 324 d.C., fundación de Constantinopla, y 395 d.C., división definitiva del Imperio Romano entre Oriente y Occidente). A estos dos periodos corresponden sendos status de guerreros. En efecto, en el mundo de la polis predominaron los ejércitos de hoplitas ciudadanos, mientras que en el de los estados territoriales, los ejércitos de mercenarios o de soldados profesionales armados a la ligera.²

La transición de un periodo a otro es concebida como el fin de la Grecia clásica y el ascenso militar de Roma. Por lo general, como es el

¹ Salvo indicación contraria, todas las fechas son anteriores a la era cristiana.

² La distinción entre mercenarios y profesionales es jurídica. Lo que distingue a unos de otros es que éstos eran ciudadanos del estado que les pagaba; aquéllos, no necesariamente.

caso del libro donde aparecen los capítulos objeto de esta reseña, a Cartago no se le trata aparte. Además, como no podía ser de otra manera, el curso mismo de la historia ha sellado el destino de la historiografía y, mientras que hay muchas obras que se ocupan de Filipo II y de Alejandro III "Magno" de Macedonia, no se ha escrito un tratado general y específico sobre los ejércitos helenísticos desde que apareció el libro *Recherches sur les armées hellénistiques* de Marcel Launey hace ya más de cincuenta años.³

El Centro de Estudios Griegos es una parte de la Universidad de Harvard con sede en la ciudad de Washington. Cada año celebra un coloquio, y, en 1996 Kurt Raaflaub y Nathan Rosenstein organizaron el correspondiente en torno al tema de la relación entre la guerra y la sociedad en los mundos antiguo y medieval. Aunque no se explica *expressis verbis* la causa por la que eligieron la antigüedad y la edad media no sólo en Europa y el Mediterráneo, sino también en Asia y Mesoamérica, al parecer siguieron una idea de Michael Roberts, quien había planteado la existencia de una revolución militar entre 1560 y 1660.⁴ En todo caso, es interesante su declaración sobre la falta de estudios con ese enfoque, aunque mencionan varios anteriores y posteriores a su consiguiente decisión de celebrar el coloquio, tomada en 1994. Es curioso que en la bibliografía de su introducción (pp. 5-6), que ciertamente no tiene pretensiones de exhaustividad, sólo aparecen obras en inglés, como si éste fuera el único idioma en el que se escribieran obras históricas.⁵

A continuación, presento una reseña de los capítulos VII y VIII, el primero sobre el mundo helenístico, de Charles Hamilton, y el segundo sobre la Roma republicana, de Nathan Rosenstein, capítulos que se ocupan de la mencionada transición entre los ejércitos de milicias de ciudadanos y los de profesionales.

2. En primer lugar, hay que hacer notar una idiosincrasia en la definición de periodos. Kurt Raaflaub escribe el capítulo que corresponde

³ 2 v. Paris, de Boccard, 1949-1950. La segunda edición, de 1987, sólo se distingue por un postfacio bibliográfico.

⁴ *The military revolution, 1560-1660*, Belfast, M. Boyd, 1956 (non vidi).

⁵ Hay que reconocer, sin embargo, que aparecen dos obras traducidas del francés y una del alemán.

supuestamente a la "Grecia arcaica y clásica" (pp. 129-161), pero en realidad sólo abarca hasta la Guerra del Peloponeso (431-404), mientras que Hamilton (que será designado por la inicial H), especialista en el siglo IV,⁶ inicia su exposición con este siglo y declara:

aunque la extensión cronológica de este periodo va desde el tiempo de Filipo y Alejandro hasta la conquista romana del Oriente griego, las restricciones de espacio impiden incluso cubrirlo (p. 166).

Es válido empezar una exposición de la época helenística por Filipo, porque fue él quien realizó las reformas que llevarían a su hijo a conquistar el imperio que, a su muerte, formaría el mundo helenístico; pero incluir el siglo IV en su totalidad y excluir, en cambio, el conjunto de la historia de la época helenística entre 167 y 30 es muy arbitrario, por más que ella pueda caber en el capítulo siguiente, sobre el ejército romano contemporáneo. Este procedimiento es producto de la concepción de la historia como materia inerte, factible de ser cortada en pedazos como si la periodización histórica no implicara una interpretación de los hechos.⁷ Más adelante se verá cuáles son las razones de esta peculiaridad.

H dice que el objeto del capítulo será el "sistema militar" que permitió a Macedonia expandirse (p. 163), pero sólo tres páginas más adelante explica que ese sistema es "la interacción entre guerra y sociedad". Esto se complica al consultar el índice del libro (p. 473), que remite al sistema militar del Egipto del imperio medio y no remite a este capítulo. De hecho, lo que H define como sistema militar es el tema mismo de la obra editada por Raaflaub y Rosenstein.

Más curioso aún es lo que ese sistema militar supuestamente explica. En efecto, según H:

⁶ La bibliografía de su capítulo incluye los siguientes libros escritos por él: *Sparta's bitter victories: Politics and diplomacy in the Corinthian War*, Ithaca, Cornell University Press, 1979 y *Agasilaus and the failure of Spartan hegemony*, Ithaca, Cornell University Press, 1991.

⁷ Ejemplar de este procedimiento es el libro de Reinhold Bichler "Hellenismus". *Geschichte und Problematik eines Epochenbegriffs*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1983, criticado en mi libro *Dos aproximaciones a la historiografía de la antigüedad clásica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, pp. 65-80.

la conquista macedónica del mundo griego bajo Filipo alteró el curso de la historia griega. Su hijo y sucesor Alejandro conquistó el Imperio Persa y cambió la dirección de la historia mundial (p. 163).

Parece que, con estas palabras, H quiere decir que la historia tiene un curso predeterminado y que tanto Filipo como Alejandro incidieron sobre él desde afuera alejándolo de un camino normal. Lo que en realidad sucedió fue precisamente lo contrario: tanto el uno como el otro (y la humanidad entera) formaban parte integrante de la historia y sus obras son inexplicables fuera del proceso histórico. Como se ha visto, H afirma además que la conquista del Imperio Persa tuvo repercusiones mundiales. ¿Hay que decir que este imperio no abarcaba sino una parte de Asia y que el resto del mundo no vio afectada su vida en lo más mínimo? H parte de una concepción ahistórica y eurocéntrica.

Por fortuna, H piensa que hubo factores políticos, demográficos y económicos que incidieron en el ascenso macedonio, y eso le da oportunidad de revisar el siglo iv. En esta revisión, H renuncia a explicar la oligantropía espartana alegando que sus causas “no son enteramente claras”.⁸ Esto es sorprendente. En primer lugar, ¿qué hecho histórico está explicado con entera claridad?⁹ En segundo lugar, hay un gran número de propuestas de explicación desde Aristóteles hasta nuestros días.¹⁰ En tercer lugar, lo que parece más importante, si se plantea explicar un sistema militar que a su vez se concibe como la relación entre guerra y sociedad, la oligantropía espartana es una parte, no sólo integral, sino esencial de este asunto, y negarse a tratarla es, por lo tanto, una grave falla en este capítulo.

Otro error parece ser el que, al ocuparse de las innovaciones del siglo iv y mencionar la introducción de peltastas, se dice que ellos eran semiprofesionales sin dar mayor explicación (p. 165). Tal vez H se refiera a que los peltastas podían ser mercenarios o milicianos.

Al caracterizar al estado macedonio en vísperas de su expansión, H afirma que era un estado tribal, categoría que nunca se define, con una

⁸ Por oligantropía se conoce la reducción en el número de ciudadanos, problema que aquejó a Esparta desde la época clásica.

⁹ La necesidad misma de la existencia de la ciencia histórica se debe precisamente a la oscuridad de los hechos.

¹⁰ Cfr. Paul Cartledge y Anthony Spawforth, *Hellenistic and Roman Sparta. A tale of two cities*, London, Routledge, 1989, a través del índice de materias.

también indefinida estructura aristocrática (pp. 166-167).¹¹ El rey tenía compañeros con quienes cazaba, cenaba y bebía. Se hace la observación, banal para cualquiera sociedad preindustrial, de que la mayoría de la población vivía de la agricultura y la ganadería y, en cambio, no se resalta que, en contraposición con (¿el resto de?) Grecia, en Macedonia la población no vivía en ciudades, sino en aldeas.¹²

Se hace la importante observación de que Filipo II armó la infantería a sus expensas (p. 168). Posteriormente (p. 170) se explica que los reyes macedonios tenían el monopolio de la exportación de madera y controlaban la explotación de minas de metales preciosos y éstas eran las fuentes de ingresos que costeaban los gastos de la infantería macedónica. Antes de las reformas de Filipo, como en las polis griegas, los infantes solían armarse a sí mismos.

Las innovaciones en Macedonia son expuestas en los términos siguientes:

No puede haber disputa sobre los dos cambios introducidos: la *saríssa*, un arma ofensiva mucho más efectiva que la lanza hoplita usual y una armadura defensiva más ligera, lo que hizo más fácil para el soldado moverse (p. 169).

H, sin nombrarlo, sigue a Polibio para afirmar, falazmente, que la falange sólo servía en terreno plano¹³ y afirma que en la batalla de Cinoscéfalos, peleada en 197 entre Macedonia y Roma,

una fuerza enemiga pudo explotar el desorden y el desarreglo de una falange que intentaba pelear en un terreno accidentado (p. 170).

Ciertamente, la batalla se dio en las montañas, pero los macedonios ni siquiera se formaron, así como tampoco lo hicieron los romanos, ya que ni unos ni otros buscaban la batalla; como Polibio mismo cuenta

¹¹ N. G. L. Hammond afirma que, en la época clásica, los macedonios "abandonaron las viejas diferenciaciones tribales": *A history of Macedonia. Volume II 550-336 B.C.*, Oxford, Clarendon Press, 1979, p. 31. H incluye esta obra en su bibliografía, pero en este punto la contradice tácitamente.

¹² No es oportuno entrar a la discusión de si Macedonia era parte de Grecia o no.

¹³ Véase mi artículo "El testimonio de Polibio sobre el ascenso de Roma", *Nova tellus*, XVIII-2, 2000.

(XVIII.22-27), ésta fue una batalla improvisada y es claro que no se presta, aunque el megalopolitano lo haya hecho, para generalizar.

Basándose en Hammond y Errington, H sostiene (p. 170) que Filipo armó también a la caballería de sarisas, pero es difícil aceptar esto si se piensa que, como dice el propio H, esta arma era tan larga que era necesario sostenerla con ambos brazos (p. 169).

Al parecer, las campañas de Alejandro fueron hechas por unos cuarenta mil hombres, no siempre los mismos; pero no se puede establecer qué tanto pesaron sobre la población de Macedonia.

Después de las guerras de los diádocos, los reyes macedonios trataron de mantener el dominio del área egea y protegerse de ilirios y tracios a la vez que adquirieron una flota y establecieron guarniciones en Demetrias, Calcis y Corinto, resguardadas por mercenarios (pp. 175-176).

Egipto era una "entidad compleja y heterogénea", poblada por egipcios, judíos y griegos; su "debilidad principal" era Celesiria,¹⁴ disputada con los seléucidas y perdida de manera prácticamente definitiva en 195. Los reyes egipcios, de la dinastía lágida, recurrían a colonos, llamados clerucos,¹⁵ a mercenarios y a tropas egipcias. Estas últimas se rebelaron.

El reino de los seléucidas, que comprendía el antiguo Imperio Persa menos Egipto, Chipre y, desde principios del siglo II, Clesiria, era el más complejo de todos. H afirma erróneamente que la dinastía seléucida gobernaba con mayor frecuencia desde Babilonia, puesto que su capital preferida era Antioquía, en Siria. De hecho, es por esta razón que este reino se conoce con el nombre de Siria.

El ejército sirio es caracterizado de la manera siguiente:

Parece que los ejércitos seléucidas emplearon un núcleo de falangitas greco-macedonios reclutados de las colonias militares y suplementados, cuando había necesidad, con levadas de nativos o con mercenarios (p. 179).

H da crédito a Isócrates (IV.167), pero me parece difícil creer su testimonio y suponer que hubiera bandas de mercenarios que actuaban

¹⁴ Nombre que designa la parte meridional de la Siria geográfica.

¹⁵ Κληρούχοι, palabra que significa poseedor de un lote de tierra. Ellos estaban establecidos en su mayoría en el nomo arsinoíta.

como bandidos a lo ancho y largo de Grecia, sin que su presencia haya sido atestiguada por otras fuentes (p. 180).¹⁶ En las páginas 180 a 183, H trata sistemáticamente el tema de los mercenarios. Este fenómeno se generalizó a partir de la Guerra del Peloponeso que —H omite explicar— significó el agotamiento militar de la polis como proveedora de ciudadanos soldados. En tiempos de Alejandro, el recurso a mercenarios se había aceptado generalmente y era visto como normal. Ellos eran exiliados o aventureros y recibían una ración de trigo o dinero para comprarla, así como una paga y botín o tierra. Cuando recibían un terreno se convertían en colonos militares, cosa que tampoco dice H. Además, los mercenarios constituían las guarniciones.

Es significativo que, siguiendo a Gruen,¹⁷ H intitula la última sección de su capítulo "La llegada de Roma", eligiendo términos neutros para designar una serie de guerras, la mayoría de ellas, ya se dijo, excluidas arbitrariamente del análisis.¹⁸

Por desgracia, esta sección está muy mal documentada y la mitad de las cuatro referencias versan sobre la época clásica. Todo indica que la idea de la inflexibilidad de la falange proviene de Polibio (XVIII.28-32),¹⁹ que no es ni siquiera nombrado. En todo caso, si los macedonios —como mantiene H— sólo se dieron cuenta de la superioridad romana en la batalla de Pidna, que ocurrió en 168, no sólo no era demasiado tarde, como sentencia lapidariamente H, sino que todavía pelearon griegos y romanos otros ciento treinta y ocho años hasta la conquista de Egipto por Octavio y, además, en el último tercio del siglo II aparecieron las *Historias* de Polibio, que comprendían el

¹⁶ H no cita el artículo de Alexander Fuks ("Isokrates and the social-economic situation in Greece", reimpresso en *Social conflict in ancient Greece*, Jerusalén, Magnes Press, 1984, pp. 52-79), que también acepta el testimonio de Isócrates sin compararlo con otras fuentes

¹⁷ Erich S. Gruen, *The Hellenistic world and the coming of Rome*, Berkeley, University of California Press, 1984.

¹⁸ Véanse, en cambio, los libros que no aparecen en la bibliografía: William V. Harris, *War and imperialism in republican Rome 327-70 B.C.*, Oxford, Clarendon Press, 1979 y Stephan Podes, *Die Dependenz des hellenistischen Osten von Rom zur Zeit der römischen Reichsbildung. Ein Erklärungsversuch zur römischen Imperialismus aus der Sicht der Geschichte als historische Sozialwissenschaft*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1986.

¹⁹ Vide supra p. 5 y n. 13.

famoso pasaje que ha servido a H (y a tantos otros) para, supuestamente, explicar la superioridad romana. Esta obra pudo ser ampliamente consultada en este siglo antes de la destrucción del último estado helenístico.

Es de alabar el plantear un estudio del sistema militar macedonio pero, en su tratamiento, H se limita a exponer un modelo abstracto y nunca se ocupa de batalla ni de campaña algunas.

En la bibliografía sólo aparecen cuatro títulos en francés, el resto está en inglés.

Se trata pues de la reseña de la "ortodoxia" de habla inglesa sobre los ejércitos helenísticos.²⁰

3. En su capítulo, "Roma republicana" (pp. 193-213), Nathan Rosenstein (a quien me referiré por la inicial de su apellido, R) afirma tener los siguientes objetivos:

Este capítulo se concentra en dos preguntas fundamentales: primera, ¿qué características de la economía, la sociedad, la política y la ideología de la república permitieron al ejército de Roma obtener su vasto imperio? y, segunda, ¿qué impacto tuvo, a su vez, esta adquisición sobre Roma? (p. 193)

Más, adelante, para responder a estas preguntas, R define su tarea en estos términos:

Lo que sigue pretende ser sólo una reconstrucción aproximada basada en los estudios actuales, reconstrucción que, se espera, evite construir demasiado con base en premisas disputadas con pasión (p. 196).

R divide la historia de la república en tres periodos. El primero abarca hasta fines del siglo IV, el segundo, hasta principios del II.

El primero se caracteriza por guerras locales hechas por ejércitos de ciudadanos (y aliados) armados como hoplitas (pp. 196-197). En este periodo, los pueblos montañeses vecinos probablemente despojaron a muchos labradores romanos, quienes incurrieron en deudas, por lo cual disminuyó el número de soldados. Los plebeyos libres temían

²⁰ Por ortodoxia me refiero a la visión dominante sobre cualquier asunto de las ciencias sociales, visión que tiende a ser vista como correcta y, en cierto modo, como definitiva.

caer en deudas y es probable que se reclutaran en contra de su voluntad, lo cual incrementó su antagonismo con los patricios. Finalmente, mediante la secesión, los plebeyos lograron que se abrogara la esclavitud por deudas, restaurando la prosperidad de los campesinos y, consiguientemente, incrementando las filas del ejército (pp. 197-198). Este es un modelo hecho de conjeturas basadas en las Leyes de las doce tablas, el único documento contemporáneo, y la tradición histórica conservada principalmente por Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso. Es una reconstrucción sensata.

Desde la solución de los problemas entre patricios y plebeyos, la guerra llevó a la anexión de tierra en calidad de *ager publicus*, lo cual permitió a Roma evitar problemas por la tenencia de la tierra. A partir de fines del siglo IV, Roma extendió también su ciudadanía, con lo cual ciudades vecinas se fundían a la república. R nota con razón:

esta apertura a nuevos ciudadanos apartó a Roma de muchas otras ciudades-estado, particularmente de las *póleis* griegas, que se enorgullecían de su homogeneidad y de su exclusividad (p. 199).

Esta observación es muy importante, porque será precisamente esta costumbre la que permitirá a Roma trascender los marcos de la polis.

Los hoplitas de la Roma primitiva costeaban sus propios gastos de campaña y llevaban un poco de trigo, el cual debían complementar con la compra o el pillaje (p. 201), pero desde fines del siglo IV, el estado tuvo que pagar a sus soldados un *stipendium*. A su vez, los soldados tuvieron que pasar muchos meses continuos en campaña, lo cual favoreció la tendencia a reclutar jóvenes aún solteros (pp. 201-202). Al parecer, el estipendio era cubierto con *tributum*, abolido en 167 a raíz de la conquista de Macedonia.

Estas reformas permitieron la constitución de un ejército por manípulos a fines del siglo IV. La infantería pesada adoptó "un escudo alargado, una espada corta para apuñalar y jabalinas" (pp. 202-203). Se formaron manípulos mayores que las falanges y legiones de treinta manípulos.

A continuación cito un pasaje poco claro y muy importante:

También evolucionó una formación más abierta para los treinta manípulos que constituían una legión, el llamado *quincunx*, un arreglo de tres filas de diez manípulos cada uno, cada manípulo separado del de su izquierda y

derecha por una distancia igual a su propio frente y cada manípulo de la segunda y tercera filas colocados tras el hueco entre dos manípulos en la fila frente a ella (p. 203).

R no da referencias, pero al parecer basa esta idea en la obra más importante sobre el asunto, *La elaboración del ejército romano desde la república hasta el imperio* de Lawrence Keppie.²¹ Este autor presenta un esquema de esta formación en la p. 34 de su libro.

R prosigue:

Los hombres más jóvenes, los *hastati*, en manípulos de ciento veinte, ocupaban la primera fila; los que les seguían en edad, los *principes*, también agrupados en manípulos de ciento veinte hombres cada uno, constituían la segunda fila, mientras que en la retaguardia los hombres más viejos formaban la reserva, los *triarii*, cuyos manípulos contenían sólo sesenta hombres.

Los *triarii* portaban venablos. Además, había mil doscientos *velites* y trescientos jinetes. Dos legiones formaban un ejército. Según R, la clave del manípulo era su habilidad para avanzar o retroceder en los huecos que dejaban los otros, mientras que cada soldado podía también avanzar y retroceder individualmente.

El resultado fue, con mucho, la infantería más efectiva que jamás conoció el mundo antiguo ... A fin de cuentas, las legiones ganaron todas las batallas decisivas y todas las guerras, y su capacidad de hacerlo le ganó a Roma su imperio (p. 203).

Esta descripción de la legión proviene en última instancia también de Polibio,²² cuyas *Historias* son la fuente principal de la legión antes de su reforma por Mario en 107. Este testimonio forma también parte del argumento general polibiano acerca de la superioridad romana.

²¹ *The making of the Roman army from republic to empire*, 2ª. ed., London, Routledge, 1998. R cita la primera edición que en este respecto es igual.

²² VI.19-25. Cfr. Frank W. Walbank, *A historical commentary on Polybius*, 3 v., Oxford, Clarendon Press, 1957-1979 (reimpreso) ad loc., y Elizabeth Rawson, "The literary sources for the pre-marian army", en *Roman culture and society. Collected papers*, Oxford, Clarendon Press, 1991, pp. 34-57. Este artículo, sorprendentemente, no aparece en la bibliografía de R.

Sin embargo, la efectividad militar romana no es tan evidente como nos la quiere presentar R siguiendo a Polibio. En efecto, la capacidad roman dependía tanto de la formación tan detalladamente descrita como de la presencia y el número de los ejércitos. Así, en la primera guerra servil de Sicilia, los romanos fueron incapaces de reprimir a ejércitos de esclavos hasta que reunieron un ejército de rango consular después de varios años de guerra (en 132), mientras que en Macedonia, un pretendiente a todas luces sin títulos de legitimidad, de nombre Andrisco, derrotó a un pretor —hecho sin precedente no alcanzado por Filipo V ni por Perseo— y sólo fue derrotado hasta el año siguiente (148). Esto sugiere que la ya mencionada capacidad romana para hacerse de ciudadanos era tanto o más importante que la formación.²³

Sea de ello lo que fuere, a fines del siglo II, para enfrentarse a los cimbros y a los teutones, se formó la cohorte, en la que los grupos de edad se disolvieron. Esto tiene que ver con la reforma de Mario, quien se hizo famoso por reclutar soldados sin tomar en cuenta el censo y los armó a costa del estado, cosa que dista de ser enfatizada en la exposición de R (p. 207), pero que es tratada con la importancia que merece por Keppie.²⁴ En todo caso, como explica este autor, el reclutamiento y armamento de ciudadanos pobres probablemente hizo obsoleto poner vélites en la vanguardia porque permitió armar a todo el contingente como asteros.²⁵

R observa con razón que, después de la Segunda Guerra Púnica, Roma mantuvo constantemente uno o varios ejércitos fuera de Italia y siempre hubo un reclutamiento no inferior a los treinta mil hombres, que debían permanecer varios años alejados de sus casas (p. 206). R expone a continuación la posición de Keith Hopkins,²⁶ según el cual, el estallido de la crisis de la república romana en 133 se debió a la disminución de labradores quienes, arruinados por las guerras ultramarinas, se vieron forzados a vender sus parcelas, pero afirma que los "dudosos han cuestionado esta reconstrucción" (p. 207) y menciona a

²³ Vide supra, página anterior.

²⁴ Op. cit., pp. 61-63. R no hace referencia a la obra en este contexto.

²⁵ Ibidem, p. 64.

²⁶ *Conquerors and slaves. Sociological studies in Roman history*, v. I, Cambridge, University Press, 1978.

Dyson y Evans para concluir que “pocas pruebas apuntan inequívocamente a una falta de reclutas”, mientras que:

la arqueología ha fracasado evidentemente en confirmar una visión general de un número en descenso de pequeñas propiedades en los siglos II y I.²⁷

Todo esto puede ser cierto, pero la crisis de la república se queda sin explicación. Además, R mismo reconoce (p. 208) que los latifundios acaparaban el *ager publicus* en Italia.

Por otra parte, R explica la repartición de tierra por Mario y César (p. 209 y más tarde por Augusto, fuera ya del periodo en cuestión) por la tradición cultural según la cual los vencedores en la guerra debían ser recompensados con tierra, lo cual fue reforzado por el empobrecimiento de los soldados.

Sin tomar en cuenta a Syme,²⁸ cuyo libro clásico sobre la supuesta revolución romana no aparece en la bibliografía, R niega que la república haya caído a resultas de una “crisis socioeconómica” y afirma en cambio que ella fue el resultado de la guerra civil desatada por César (p. 210), idea que parece mecánica y basada exclusivamente en la comprobación de hechos objetivos.

R termina con la observación de que Augusto terminó por descartar el ejército de milicianos para sustituirlo por uno profesional.

De los cincuenta y cinco títulos de la bibliografía sólo seis no están en inglés.

Como en el capítulo de H no hay discusión de fuentes ni de alternativas de interpretación, este capítulo es otra exposición de la ortodoxia en inglés.

4. Tal vez resulte injusto juzgar un par de capítulos de una obra que contiene dieciséis, uno de los cuales está dedicado a comparar todos ellos entre sí. La única justificación es que ambos tratan la mencionada transición de ejércitos de ciudadanos a ejércitos de profesionales.

²⁷ Cfr. Stephen L. Dyson, *Community and society in Roman Italy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992 (non vidi) y John K. Evans, “*Plebs rustica: the pesantry of classical Italy I*”, en *AJAH*, V, 1980, pp. 19-47.

²⁸ Ronald Syme, *La revolución romana*, Madrid, Taurus, 1989 (el original, *The Roman revolution*, apareció en Oxford, publicado por Clarendon Press en 1939).

En todo caso, presento las siguientes consideraciones.

La exhaustividad es siempre imposible, pero la obra reproduce la tendencia a menospreciar los ejércitos cartagineses.

Por otra parte, después de más de dos mil años, los autores siguen otra tendencia general y se limitan a repetir la interpretación de Polibio, como si todos estos años no representaran un avance historiográfico, cosa que hace sospechar que el atractivo de esta interpretación es más bien ideológico que hermenéutico. Siquiera por curiosidad, sería bueno plantear otra explicación. Además, el atractivo de esta explicación permite a H descuidar la segunda mitad del periodo del que supuestamente se ocupa. Por otra parte, se plantea la cuestión de los lectores a quienes está dedicado el libro, pues sólo puede servir para conocer la ortodoxia actual en lengua inglesa y tener su bibliografía. Sólo la consulta de esta última permitirá conocer la historiografía en otras lenguas, la existencia y calidad de las fuentes y las interpretaciones que H y R han hecho (aunque no sus fundamentos). Estas me parecen limitaciones elementales.

Ricardo MARTÍNEZ LACY

